

**SUBSISTENCIA RURAL, MIGRACION,  
URBANIZACION Y NUEVO SISTEMA  
ALIMENTARIO GLOBAL**

*Enzo Mingione*

Universidad de Messina, Italia

*Enrico Pugliese*

Universidad de Nápoles, Italia



## **Introducción**

*Las mismas palabras, significados diferentes:  
diferentes palabras, los mismos significados*

Cualquier fenómeno observado empíricamente puede denominarse de maneras diferentes según el punto de vista de cada uno, la perspectiva disciplinar o la orientación ideológica, política o cultural.

El empobrecimiento de los trabajadores autónomos, los artesanos o los campesinos cuando se generaliza la producción capitalista puede comprenderse como un fenómeno de proletarización o como difusión y generalización de la pobreza.

Generalmente, los proletarios son pobres. Pero no siempre los pobres son proletarios. Los dos conceptos —proletario y pobre— tienen en cuenta diferentes aspectos, diferentes cuestiones y diferentes fenómenos.

La proletarización se refiere a la situación de las personas en las relaciones sociales de producción, y se caracteriza por la necesidad de vender la propia fuerza de trabajo para sobrevivir. En cambio, la pobreza tiene que ver con las condiciones de vida y generalmente se asocia con la ubicación en posiciones sociales en la parte más baja de la estructura económica, en condiciones de marginalidad económica.

Aun cuando no siempre ocurre así, al utilizar el término *pobreza* raras veces se está haciendo referencia a las relaciones de

producción. No se trata de una actitud errónea, siempre que se reconozca que el uso de una terminología diferente se refiere a dimensiones diferentes de los dos fenómenos.

Al mismo tiempo, las diferentes dimensiones de un determinado fenómeno pueden ser más o menos pertinentes en diferentes momentos. Los estudiosos de las diferentes disciplinas pueden ponerse alertas y desarrollar un nuevo interés cuando esas dimensiones adquieren importancia para sus campos de estudio.

Veamos un ejemplo: los pobres de una gran ciudad norteamericana pueden ser estudiados como elementos del mercado de trabajo secundario; una vez que comienzan a organizarse como beneficiarios de la asistencia social, especialmente si tienen éxito, atraen la atención de los analistas de los movimientos sociales. Si son expulsados de sus zonas de residencia, provocan el interés de otros estudiosos que les denominan “personas sin hogar”. En los dos últimos casos, esas mismas personas serán consideradas como pobres en la estructura socioeconómica, no como personas que intervienen en el mercado de trabajo.

Volviendo a un ejemplo más antiguo, el empobrecimiento de los campesinos puede conducir a su transformación en proletarios, tal como sucedió en Europa durante el último siglo. Este proceso suele estar acompañado por el fenómeno de la migración, en particular cuando hay un correspondiente efecto de atracción, una demanda de trabajo en otros lugares. Se desarrolla un proceso en el que el campesino se convierte inicialmente en parte del excedente relativo de población, es decir, de los desempleados (o más correctamente, subempleados), a continuación en un emigrante y finalmente en un proletario, que es el resultado clásico del proceso de proletarización.

Al mismo tiempo, está comprobado históricamente que la población es casi siempre mayor de la que puede ser absorbida por la producción capitalista (concepto marxiano de población excedente relativa). Sólo cuando existen posibilidades de movilidad podemos estudiar la migración y la proletarización. Cuando están bloqueados los cauces de la movilidad, el centro de atención

de la investigación, si es que hay alguno, es la pobreza de los que no pueden acceder a la experiencia migratoria. Estos desempleados, migrantes potenciales, siguen siendo población excedente relativa, pero, como están bloqueados los cauces de movilidad, siguen siendo campesinos; es decir, pobres, con frecuencia hambrientos, pero campesinos.

También en este aspecto, los enfoques de estudio pueden variar notablemente. A algunos investigadores les interesará el problema del hambre, y centrarán su enfoque en las necesidades individuales, cuya satisfacción se considera con frecuencia independiente de la producción y distribución de los recursos, y más bien un problema que debe afrontarse mediante la ayuda alimentaria internacional. A otros les interesará la situación de hambre como resultado de la pobreza rural y analizarán la situación económica y social de los pobres, tratando de especificar el mecanismo causante.

La globalización es uno de estos mecanismos, y en el contexto actual quizás el más importante. Por tanto, lo mismo que hemos de estudiar la pobreza desde muy variadas perspectivas, cuando estudiamos la globalización hemos de ocuparnos de la pobreza. Y ésta ha de entenderse, no en términos vagos como "baja renta per cápita", sino en función de sus causas. Ha de entenderse, en este contexto, como la incapacidad de la sociedad para producir alimentos suficientes para alimentar decorosamente a su población, en particular a su población rural campesina. No es una cuestión de cantidad de bienes producidos. La pobreza rural, incluso en países subdesarrollados fundamentalmente agrarios, puede observarse en una situación de "superproducción". Como es sabido, la revolución verde de algunos países causó al mismo tiempo hambre y producción excedentaria. De hecho, la demanda efectiva de alimentos en el mercado fue demasiado baja porque la población hambrienta (a causa de la limitación progresiva de su sistema anterior de autoabastecimiento) no tenía la capacidad de compra necesaria (Myrdal, 1968; Sen, 1981). Esta situación se ha agravado recientemente en los

“nuevos países agrarios” debido a los efectos de la superespecialización para la exportación.

Según veremos más adelante, es la población campesina, basada en la tierra y en la agricultura, la que paradójicamente está más expuesta al hambre en esas situaciones. Los orígenes de esta paradoja pueden encontrarse en la globalización del orden alimentario. La coexistencia de la globalización y de la pobreza del mundo campesino no es por sí sola un indicio de un nexo causal entre ambas. Pero estamos convencidos —ya que así lo han demostrado muchos estudiosos— de que existen lazos evidentes (Myrdal, 1956 y 1968; Sen, 1981).

En este capítulo, aunque está dedicado al análisis de las migraciones y del sector informal, se pretende aclarar la expansión de la población excedente relativa a escala global, algo que hasta ahora había ocurrido a escala regional o nacional. Si a alguien le disgusta la terminología marxiana —por ejemplo, expresiones como “población excedente relativa”—, podemos hablar de “población excedente” (Lewis, 1954), esto es, la que no tiene ninguna influencia en el nivel de producción alimentaria dentro del sistema agroalimentario mundial.

Trataremos de esclarecer algunas de las consecuencias del nuevo orden alimentario global. Para ello, analizaremos la situación de las personas expulsadas de la producción agraria. No es que esas personas abandonen la agricultura o las zonas rurales (aun cuando esto es lo que suele suceder); es que han de buscar otras alternativas para sobrevivir .

Una de esas alternativas es la migración. Otras pueden ser la aceptación de la degradación de la economía rural de subsistencia o la necesidad de pasar al sector informal urbano.

En estos últimos casos, situaciones aparentemente análogas pueden tener significados muy diferentes. Para que las personas que trabajan en la producción artesana, en el pequeño comercio o en pequeñas actividades de servicios sean encuadradas en el sector *informal*, es preciso que exista un sector *formal*. Antes de que en una economía hayan penetrado el capitalismo y el co-

mercio capitalista internacional, tiene poco sentido definir esas actividades como “informales”. En tales casos, sería más apropiado referirse a una economía de *subsistencia*.

Una vez que en una economía han penetrado las relaciones sociales capitalistas, desde un punto de vista estrictamente fenomenológico esas personas pueden estar haciendo las mismas cosas —“fregar suelos” o “actividades artesanas”—, pero ahora se encontrarán en circunstancias sociales diferentes; se hallarán mucho más a merced del mercado.

La globalización del orden agroalimentario modifica el carácter de las formas de vida de los países del Tercer Mundo, que si antes eran de *subsistencia*, y como tales estaban relativamente protegidas frente a las presiones del mercado, ahora se convierten en formas más vulnerables de subsistencia en la *economía informal* urbana.

Sobre la base de estas consideraciones teóricas generales, vamos a analizar las relaciones entre los cambios del sistema agroalimentario y el impulso hacia la migración internacional, y entre la reconfiguración de la subsistencia rural y el sector informal urbano.

### **Transformaciones tradicionales y actuales de la subsistencia rural**

El capitalismo y el desarrollo industrial en cuanto orden mundial se iniciaron hace siglos. Desde sus comienzos, uno de los aspectos cruciales del proceso ha sido la subversión de la subsistencia rural. Simplificando mucho, es posible reducir más de 200 años de historia socioeconómica del Tercer Mundo al estereotipo siguiente: de la subsistencia rural a las plantaciones y posteriormente a diversas formas de agricultura extensiva y capitalista a gran escala.

Aun siendo este estereotipo sustancialmente exacto, es necesario corregir la confusión sustantiva y metodológica, y la im-

precisión que ello pueda crear. Hay tres áreas de esclarecimiento que consideramos importante señalar: 1) la importancia de los procesos microsociales de cambio; 2) la importancia de la base política para la transformación, y 3) la persistencia variable de los sistemas de subsistencia y de formas de autoabastecimiento alimentario en el cambio agrario.

### *El cambio microsocial*

El punto de partida y el punto final de las transformaciones agrarias capitalistas en el Tercer Mundo se caracterizan por condiciones sociales muy variables. No existe un único modelo para describir el paso de la subsistencia preindustrial al capitalismo agrario subdesarrollado dependiente. Es poco apropiado analizar el proceso "desde arriba", es decir, en términos de estructuración de un orden global de agroempresas en el centro con una población plena y homogéneamente proletarizada y empobrecida en la periferia. La transformación es lenta y complicada, y las condiciones sociales locales se adaptan en distinto grado en el tiempo y en el espacio. A diferencia de lo ocurrido en Europa, en el Tercer Mundo la proletarización sólo ha tenido lugar de manera limitada, particularmente durante la fase colonial-imperial (Myrdal, 1956; Wallerstein, 1974). Esto se reflejó en los bajos niveles de renta, que hubo que complementar con interesantes formas de adaptación local a la supervivencia acompañadas por una degradación radical de los sistemas tradicionales de titularidad de los recursos (Sen, 1981: 1-4), con la consiguiente exposición progresiva de la población al hambre y a las catástrofes naturales.

Pueden distinguirse dos modelos básicos de ataque contra los sistemas de subsistencia rural. Uno de ellos, típico del período colonial, pero que se extiende más allá de ese período, no apartó sustancialmente a la población rural del campo, pero modificó radicalmente sus sistemas de propiedad. El segundo y posterior ha provocado un fuerte desplazamiento fuera del campo de la población rural. Ambos procesos han transformado, pues, la

subsistencia rural, pero ninguno ha acabado con ella. En este sentido, para comprender las condiciones de supervivencia rural en el Tercer Mundo, es necesario estudiar las formas en que ésta se ha adaptado a esas dos prolongadas oleadas de ataque capitalista, en lugar de suponer que ha sido destruida, no una vez, sino dos en la historia capitalista del globo.

### *La base política de la transformación*

Aun cuando raras veces se ha advertido, la importancia recurrente y persistente de diversas formas de subsistencia rural ha representado un papel crucial en la reestructuración de los sistemas coloniales y poscoloniales, en particular en lo que se refiere a los conflictos por la propiedad de la tierra. Las controversias al respecto continúan siendo un tema de preocupación importante en muchos países del Tercer Mundo. Las dictaduras civiles o militares poscoloniales han sido apoyadas de forma activa por coaliciones agrarias encarnizadamente opuestas a la reforma agraria. Incluso los regímenes populistas o democráticos han experimentado enormes dificultades en la redistribución de la tierra entre los agricultores/campesinos cuando este proceso perjudica los intereses de los grandes latifundios. Los ejemplos recientes de restablecimiento de la democracia en Brasil y Filipinas confirman la persistencia de este problema, a pesar de haber sido mitigado por la urbanización y por el desarrollo industrial dependiente.

Es asimismo cada vez más evidente que el debilitamiento de la cuestión agraria viene acompañado por transformaciones en el orden agroalimentario global. Los “Nuevos Países Agrarios” (NPA) (Friedmann y McMichael, 1988; Bessis, 1991) han elevado su producción para la exportación con el fin de reembolsar sus enormes deudas exteriores. Esta estrategia no ha tenido mucho éxito a causa, por un lado, de la creciente dependencia de las importaciones de otros productos agrarios para sostener una población urbana creciente y, por otro, de la necesidad de importar

tecnología para continuar con la transformación agraria. Los NPA, y hasta cierto punto muchos países africanos, han mantenido la cuestión agraria entre sus principales preocupaciones políticas y han perdido la oportunidad de orientar las pequeñas unidades agrarias intensivas destinadas al autoabastecimiento y a la producción de alimentos hacia el consumo urbano local.

Además, la tasa de expulsión de la agricultura se ha manteniendo a niveles muy altos. La situación resultante es frágil y tensa, ya que promueve la creciente importancia de movimientos populistas urbanos fragmentados, tal como se observa claramente en el caso brasileño (Ruellan y Ruellan, 1989). En el nuevo escenario político han disminuido las probabilidades de enfrentamientos revolucionarios de carácter agrario, pero es difícil saber a dónde vamos desde la perspectiva del desarrollo político.

Es difícil imaginar cómo puede pasarse de las estrategias de los NPA o de los actuales desastres agrarios africanos a una estrategia de sustitución de importaciones agrarias, con uso intensivo de nueva mano de obra, orientada localmente y productiva. Es difícil ver asimismo qué coaliciones sociales y políticas podrían apoyar ese cambio radical o cómo podría mantenerse frente a la poderosa coalición de intereses transnacionales, grandes empresas agrarias y la élite de las empresas internacionales.

### *La persistencia de sistemas de subsistencia*

Una visión a largo plazo de la historia capitalista de las relaciones sociales agrarias en los países periféricos debiera centrar la atención en dos transformaciones distintas (Kahn y Llobera, 1981).

La primera está constituida básicamente por las formaciones coloniales y poscoloniales basadas en uno de dos principios. Por un lado, hubo una gran producción agraria para el comercio internacional, que con frecuencia, aunque no siempre, adoptó la forma de sistemas de plantación. Por otro, hubo una adaptación de las economías rurales de subsistencia que llevó, no a la ex-

pulsión de la población, sino más bien a la dependencia de los recursos locales, reforzada por varias formas de trabajo asalariado (y de explotación) en los sistemas agrarios capitalistas extensivos.

La segunda y más reciente transformación corresponde a la repercusión fordista y posfordista del sistema agroalimentario, que ha generado una ola de expulsión de la población del sector rural mediante la emigración y la urbanización.

Ambas transformaciones determinan una modificación radical del sistema de propiedad a través de la proletarización parcial. Se entiende por tal la dependencia parcial de la renta monetaria a través de varias formas de trabajo asalariado, con las cuales, sin embargo, raras veces se logran niveles de vida aceptables. En ambas transformaciones, las pautas de reproducción de la población rural (lo mismo sucede con la población urbana) siguen enraizadas en la economía de subsistencia a través de unas altas tasas de autoabastecimiento. A pesar de las diferencias estructurales de los contextos socioculturales, *el autoabastecimiento rural sigue siendo el núcleo de la producción de alimentos para consumo directo*.

La importancia persistente del autoabastecimiento ha sido confirmada ampliamente (Myrdal, 1968; Bronson, 1972; Firth y Yamey, 1964; Epstein, 1962; Jerone, Kandel y Pelto, 1980; Scott, 1985; Miller, 1987; Gregory y Altman, 1989).

La vulnerabilidad recurrente de la población rural al hambre y a la escasez de alimentos confirma no sólo la importancia del enfoque de la “titularidad” de los recursos de Sen (1981), sino también que la población rural periférica tiene poco contacto con las importaciones de alimentos y su comercio y con el creciente volumen de producción alimentaria global. La limitación de los sistemas agrarios de autoabastecimiento al cultivo de las peores tierras, el uso de parcelas cada vez menores per cápita y la falta crónica de inversiones para mantener o incrementar la productividad exponen el ámbito rural al hambre y a la escasez de ali-

mentos, más bien que a la desaparición del autoabastecimiento propiamente dicho.

Así lo confirman dos argumentos adicionales. En primer lugar, los datos sobre el comercio alimentario demuestran que el aumento de las exportaciones de alimentos de países periféricos no está ligado a las transformaciones de los sistemas agrarios locales, sino más bien a la urbanización y al crecimiento urbano (Abu-Lughod y Hay, 1977). En segundo lugar, debido al nivel extremadamente bajo de ingresos monetarios, la supervivencia de los trabajadores agrarios, de los campesinos y de los pequeños agricultores en los países subdesarrollados sólo puede explicarse suponiendo que se complementa con otros medios, entre los que destaca el autoabastecimiento.

El carácter de la segunda transformación es particularmente pertinente para los argumentos de este artículo, aunque difícil de sintetizar y generalizar. Formaciones sociales históricas y geográficas diferentes producen síndromes diferentes. Sin embargo, todas ellas son resultado de la división global del trabajo y del orden económico internacional desarrollado durante los períodos fordista y posfordista. La presión combinada de un fuerte aumento demográfico y la racionalización de la producción agraria para el comercio internacional constituye el principal ataque a la subsistencia rural.

Esta segunda transformación, a diferencia de la primera, se caracteriza por oleadas de expulsión de la población rural a través de la emigración, la urbanización y el crecimiento urbano. Las formas de subsistencia alimentaria no sólo se han degradado y empobrecido, sino que se han transformado sustancialmente, al no poder contar ya la población urbana con el autoabastecimiento, al mismo tiempo que la agricultura local es cada vez más incapaz de alimentarla. La racionalización agraria se halla, por tanto, ligada a la creciente dependencia de las importaciones de alimentos y a la integración local dentro del orden agroalimentario internacional y del sistema alimentario.

La aceleración de la racionalización agraria que ha tenido lugar en los últimos decenios en NPA como Brasil, México, Argentina y Filipinas ha dado lugar a consecuencias negativas, debido al aumento de la dependencia alimentaria y a la destrucción de los hábitos dietéticos locales. Las exportaciones agrarias aumentan a la vez que se incrementan las importaciones de alimentos y se deteriora la balanza comercial. En muchos países africanos decrece la producción agraria per cápita y aumentan la dependencia general agraria y el déficit comercial. Los menos afectados son algunos países asiáticos, como Corea del Sur, Taiwan, India y China, donde una variedad de pequeñas explotaciones agrarias absorben parcialmente las presiones de la racionalización y mantienen cierta capacidad para alimentar a las poblaciones urbanas locales. En Corea del Sur, Taiwan y algunos otros países, los efectos atenuados del círculo vicioso experimentado en otras partes pueden explicarse por una menor urbanización y por las menores presiones demográficas.

En conclusión, es conveniente señalar que, aunque estas transformaciones no pueden considerarse inmediatamente responsables de la hambruna mortal de una proporción significativa de la población rural, a medio plazo producirán seguramente esos efectos catastróficos. Además, la degradación de los sistemas de titularidad de los recursos de la población rural no sólo produce hambre y escasez de alimentos en el campo, sino también una cadena perversa de efectos socioculturales en los activos sociales de los países periféricos. El resultado general de este proceso es doble. En primer lugar, refleja la búsqueda de una nueva ordenación económica y social de supervivencia local en escenarios urbanos. En segundo lugar, refuerza el efecto de empuje que en su caso conduce a migraciones internacionales. Comencemos por este último punto.

## Migraciones

Comprender la migración como un fenómeno social general implica un enfoque multi o transdisciplinar. Para comprender las cuestiones básicas y originarias —por qué emigra la gente, a dónde emigra, cuándo emigra— no basta con recurrir a variables sociológicas.

En general, el análisis causal de los estudios de la migración busca fuerzas impulsoras, unas de empuje y otras de atracción. Las primeras tienen que ver con las condiciones de salida, es decir, con las causas que hacen a los pueblos la vida difícil o imposible. Pero esos efectos de empuje sólo explican, en el mejor de los casos, el potencial migratorio, no la migración efectiva. Las personas migran sólo cuando existe un correlativo efecto de atracción en alguna zona potencial de inmigración, cuando operan al mismo tiempo factores de empuje (salarios, oportunidades de empleo, oportunidades generales de vida) y cuando no hay o son pocas las barreras institucionales que obstaculizan el flujo potencial (Boehning, 1984).

El flujo migratorio potencial y la migración efectiva se relacionan a través de un conjunto complejo de variables, entre las cuales son primordiales las de tipo institucional (es decir, la libertad de las personas y la probabilidad de pasar de un lugar a otro) (Marvin, 1989). Los demógrafos miden las migraciones potenciales sobre la base de tendencias demográficas comparativas. Las variables que tienen básicamente en cuenta dan una idea de los efectos de empuje y atracción. Estudios demográficos recientes muestran un aumento espectacular de la población excedente en países del Tercer Mundo. Los estudiosos pueden evaluar la situación demográfica en términos comparativos, destacando la diferencia entre los distintos países o grupos de países. Pueden asimismo establecer relaciones entre variables demográficas y de otro tipo, generalmente económicas. Aprendemos así que en un determinado país —dadas las tendencias demográficas actuales y las perspectivas—, para mantener sim-

plemente constante la tasa existente de desempleo (es decir, para que no aumente), el total de nuevos puestos de trabajo que ha de crearse es igual a una cifra normalmente estremecedora.

La “explosión demográfica” se ha convertido en un tópico en los debates sobre el Tercer Mundo y las migraciones. Y, de hecho, en los países del Tercer Mundo está teniendo lugar una explosión demográfica. Los estudios muestran asimismo que la contribución de la población europea y norteamericana a la población total es decreciente y que esta tendencia está acelerándose (Golini y Bonifazi, 1989; Naciones Unidas, 1986). Según datos de las Naciones Unidas, en 1960 Europa y América del Norte contaban con el 20,7 por 100 de la población mundial total; esta cifra disminuyó al 16,8 por 100 en 1985 y se espera que descienda al 13,3 por 10 en el año 2000.

El otro aspecto de la explosión demográfica es el desequilibrio entre población y recursos. En este aspecto es donde puede darse uno de los límites del análisis demográfico, ya que generalmente no se tiene en cuenta lo que está sucediendo con los recursos, en particular los de carácter agrario. El desequilibrio entre recursos y población en un país determinado se agrava cuando disminuye el potencial de recursos o cuando éstos no se utilizan adecuadamente. Se trata de un asunto de política económica nacional e internacional que en la actualidad preocupa más que cualquier otra cosa al comercio internacional. La atención a los procesos de globalización del sistema agroalimentario puede situar los estudios de migración sobre una base más sólida.

En las dos últimas décadas ha habido ciertamente una aceleración de la internacionalización del mercado de trabajo. En este sentido, a pesar de las serias limitaciones a la admisión de personas del Tercer Mundo (que se iniciaron en Europa a principios del decenio de 1970 y fueron fomentadas y generalizadas durante el decenio de 1980), esas personas participan hoy en este nuevo proceso de migración (Sassen, 1988).

La migración del Tercer Mundo a países del núcleo no es, por supuesto, nueva, pero en el pasado se limitaba más a los países

limítrofes (p. ej., México y Estados Unidos) o al movimiento colonial y poscolonial de la colonia a la metrópoli. En los últimos años han cambiado mucho las pautas. El flujo migratorio transpacífico hacia Estados Unidos se ha acentuado y la frontera del Río Grande es cruzada hoy principalmente por personas no mexicanas.

Lo más notable de esta tendencia es el nuevo papel que desempeñan algunos países, antes de emigración y hoy receptores de inmigrantes. El caso de Italia es representativo, pero también España, Portugal y Grecia se han unido a este “club”. Por ello, conviene agrupar estos países mediterráneos con fines analíticos y políticos. Los dirigentes políticos italianos, así como algunos apologistas académicos, han tomado la inmigración como un indicador del nuevo y poderoso papel de Italia en la economía mundial. Es bien conocida la guerra sobre indicadores económicos entre los últimos gobiernos italianos y la Gran Bretaña de Margaret Thatcher respecto a la clasificación de los dos países entre las grandes potencias económicas. Pero el poder de la economía italiana, si prescindimos de las altas tasas de desempleo en algunas regiones, no explica el nuevo flujo de inmigración a España, Portugal y Grecia.

Por ello, han de encontrarse explicaciones diferentes y más complejas del fenómeno. Una de ellas puede hallarse en la aceleración contemporánea de la internacionalización y de la segmentación del mercado de trabajo. Ahora bien, han de explicarse las causas de estos procesos. ¿Qué es lo que causa la internacionalización del mercado de trabajo? Ante todo, ciertos efectos de empuje sin precedentes, relacionados intensa, pero no exclusivamente, con el nuevo orden agroalimentario. La gente encuentra trabajo e ingresos a costa de una experiencia migratoria difícil y a veces peligrosa. Por otra parte, y esto tiene que ver con los procesos de segmentación, la nueva oferta internacional de trabajo encaja especialmente bien con algunos segmentos de la demanda de trabajo, ya que trabajadores inmigrantes desem-

peñan los empleos "sucios" y con bajos salarios que los "trabajadores nativos" se resisten a desempeñar.

El número de países que han pasado a formar parte del nuevo cuadro migratorio internacional ha aumentado significativamente en los últimos tiempos. El hambre y la pobreza rural no son los únicos factores de empuje, y tampoco son los países más pobres necesariamente los que más contribuyen a la migración. En algunos países más prósperos, la emigración ha sido estimulada por el cambio social general y por procesos de modernización que han frustrado las expectativas económicas y sociales. En cuanto a los factores de atracción, aparecen ante todo muchos elementos socioculturales. Ahora bien, aun cuando este poder de atracción de los países modernos, ricos y atrayentes del "Norte" estimula las migraciones, es obvio que los factores cruciales son los de empuje de naturaleza estructural y económica.

La evolución de los procesos migratorios es muy compleja. Los factores de empuje causan migración sólo de algunos segmentos de las poblaciones del Tercer Mundo y en general sólo después de algunas etapas intermedias.

La primera respuesta a la crisis agraria, al empobrecimiento rural y al hambre en el Tercer Mundo es la urbanización y superurbanización. Esta es el primer efecto evidente del nuevo orden agroalimentario. Investigaciones recientes sobre inmigración realizadas en Italia han demostrado que la gran mayoría de los inmigrantes, en particular los de la primera ola, procedían de zonas urbanas (Macioti y Pugliese, 1991; Melotti, 1988).

Un aspecto importante de la migración internacional que no ha sido analizado adecuadamente es el de los flujos diferenciales en distintos sentidos. En primer lugar aparece la migración Sur-Norte, que, sin embargo, no es la más importante desde un punto de vista cuantitativo. Hay también flujos Norte-Norte, a los que no prestaremos una atención especial. Y finalmente están los flujos Sur-Sur, es decir, las migraciones entre países del Tercer Mundo. Estas últimas son debidas gran parte a desastres políticos y guerras, pero también a factores claramente económicos.

La explicación de sus posibles causas es variable, por supuesto, pero entre ellas destaca como muy importante la imposibilidad o dificultad de migrar a países más ricos.

Llegamos así a una cuestión importante: la explicación del sentido de los flujos (Salt, 1989; Zolberg, 1989). Al criticar las teorías ortodoxas del empuje-atracción y de la oferta-demanda en materia de migraciones, Portes y Borocz (1989: 625) comentan:

“Para que las teorías del empuje-atracción en relación con las causas de la migración puedan tomarse en cuenta seriamente, las salidas más vigorosas hacia el Occidente avanzado deberían tener su origen en el África ecuatorial y en países con una situación parecida de pobreza; dentro de esos países, la migración debería proceder de las regiones más pobres. Del mismo modo, si hemos de tomar en serio los modelos de oferta-demanda, la migración debería seguir con algún retraso el ciclo económico, disminuyendo o deteniéndose por completo durante las fases de depresión.”

Como es bien sabido, los principales flujos han tenido diferente carácter y han sido consecuencia de las relaciones económicas, históricas y sociales. Los países próximos entre sí pueden tener o no fuertes flujos migratorios mutuos. De la misma manera, países situados a enormes distancias geográficas entre sí pueden registrar flujos migratorios significativos. La inmigración italiana reciente ofrece un buen ejemplo. Uno de los actuales países “tributarios” de Italia (que aporta población a Italia) es Filipinas, separado por miles de kilómetros y carente de conexiones históricas con Italia. No existen explicaciones geográficas de este flujo y sería difícil explicarlo utilizando variables económicas convencionales. Es imposible comprenderlo sin comprender a la vez el papel de las organizaciones religiosas católicas y la situación concreta de las jóvenes filipinas en la estructura de empleo italiana. En su mayoría, son empleadas de hogar, papel que tiende a desaparecer en los mercados avanzados de trabajo. Las familias conservadoras y religiosas de clase media y alta comen-

zaron este nuevo comercio internacional y fueron ayudadas por la Iglesia católica.

Pero el cuadro se complica aún más. Las jóvenes de la primera ola no eran muchas veces tan piadosas como sus maestros y maestras católicos; era simplemente mujeres que deseaban abandonar Filipinas. Algunas, según hemos podido averiguar por nuestras entrevistas (Macioti y Pugliese, 1991; Calvanese y Pugliese, 1991), trataban de utilizar Italia como una primera etapa para un proyecto migratorio diferente. Entraban en Italia porque el país no era tan cerrado como otras democracias occidentales que aplicaban políticas migratorias más restrictivas. Una vez en Italia, esta mano de obra era incapaz de seguir con su proyecto migratorio hasta la segunda etapa. Después se desarrollaron pautas migratorias que facilitaron la llegada de nuevos inmigrantes con menos capacidades y expectativas. Actualmente ocupan un importante segmento de la estructura de empleo italiana. Son *colf* (“cooperadoras domésticas”), y a efectos prácticos empleados de hogar. Algunas, que hablan inglés, indudablemente hubieran preferido ir a Estados Unidos, pero, como es sabido, este país tiene una normativa más estricta en materia de inmigración. La legislación migratoria restrictiva puede aplicarse con mayor o menor rigor, y muchos gobiernos toleran la inmigración no oficial con el fin de cubrir empleos en el mercado de trabajo secundario. Desde este punto de vista, Italia fue uno de los países más permisivos en la década de 1980.

Este caso es emblemático de una cuestión más general que afecta a los países recientes de inmigración, como Italia. Muchos inmigrantes actuales que llegan a Italia han elegido este destino como su primera opción, sobre todo cuando proceden de Marruecos, Túnez y otros países árabes pobres. Para otros muchos, en cambio, Italia se considera simplemente un lugar de tránsito en la ruta hacia Norteamérica o hacia países que ofrecen mejores oportunidades. A las personas no se les permite ir donde quieren; el libre cambio de bienes no significa libre circulación para todas las personas.

Los países desarrollados han establecido barreras frente a la inmigración. La política norteamericana al respecto ha sido muy selectiva durante los últimos 70 años. En algunos países europeos occidentales se iniciaron a principios de la década de 1970 políticas también exclusivas y selectivas. Estas medidas han reducido la inmigración y a la vez han alterado su carácter. Así, la inmigración ilegal procedente del Tercer Mundo se ha convertido en la modalidad dominante. Aunque en Europa no haya alcanzado los impresionantes niveles de Estados Unidos, se ha hecho claramente apreciable. El efecto de atracción no funciona completamente por culpa de factores institucionales. Como consecuencia, se favorecen los flujos dentro del Tercer Mundo (es decir, las migraciones Sur-Sur).

A consecuencia del hambre y de la crisis agraria, principal aspecto del nuevo orden global para el Tercer Mundo, la gente es expulsada de su zona originaria de trabajo y de vida. Se traslada a ciudades o países en los que es posible la inmigración; muy raras veces se le permite hacerlo a los países occidentales más ricos.

Esto no significa que los países avanzados sean siempre y sistemáticamente contrarios a la inmigración. Cada país tiene sus propios intereses contradictorios. Por supuesto, los capitalistas desean una oferta de trabajo amplia y flexible. Los sindicatos suelen acoger la inmigración sin entusiasmo, mirando a los inmigrantes como un nuevo ejército potencialmente competitivo de trabajo. La política estatal media entre los intereses en conflicto para encontrar soluciones que garanticen el máximo nivel de estabilidad social. Por supuesto, este esquema tripartito es muy simplista. Su complejidad aumenta si se tiene en cuenta la naturaleza dual y segmentada de los mercados de trabajo, en los que la posición de los trabajadores de determinados sectores económicos (en particular del sector "nuclear") no se ve amenazada por los recién llegados.

La complicación puede llevarse aún más lejos: no todos los mercados nacionales de trabajo se hallan segmentados de la mis-

ma manera. En Estados Unidos, la segmentación sigue siendo muy alta, y deja abiertas amplias zonas de sectores secundarios mal pagados y desprotegidos que atraen nuevas olas de inmigrantes ilegales. En otros países, los mercados de trabajo son menos duales y la demanda de trabajo es diferente, por lo que la inmigración ilegal es menos profunda. En cualquier caso, aun cuando se permita una migración legal "mínima" y una migración ilegal *mayor pero todavía muy modesta*, las migraciones Sur-Norte son impedidas por la legislación y por las barreras fronterizas. La emigración a países ricos es, por tanto, sólo teórica en lo fundamental. El efecto de expulsión es fuerte —y su causa principal es el sistema alimentario—, pero no existe un factor de atracción correlativamente fuerte.

#### *El sector urbano informal, los sistemas alimentarios dependientes y las nuevas formas de pobreza urbana*

Gran parte de la población mundial, con tendencia a alcanzar la mayoría absoluta, está formada por personas con bajos ingresos que residen en ciudades del Tercer Mundo. Sólo la importancia demográfica de China, que sigue teniendo una distribución y composición social diferente de su población, reduce la importancia de esta cuestión a nivel global.

La forma de vida y los contextos socioeconómicos típicos de estas poblaciones de baja renta se definen a menudo hoy con la expresión "sector urbano informal". Esta fórmula se ha generalizado y asentado de tal modo que será difícil evitarla, por mucho que sea confusa e imprecisa. La realidad definida por esta expresión no coincide con la de un "sector" en cuanto conjunto de relaciones socioeconómicas homogéneamente delimitadas. Por el contrario, el "sector urbano informal" es heterogéneo e incluye una amplia gama de actividades económicas y sociales. Puede tratarse como un sector, y acerca de ello hay una gran controversia en el sentido físico, en lo que se refiere a porciones de

ciudades en las que se hallan densamente segregados grupos de renta baja.

Además, no todas las actividades socioeconómicas incluidas en esta expresión son de hecho "informales", es decir, no registradas, no reguladas o infractoras o elusorias de la normativa legal. Por el contrario, muchas de las relaciones socioeconómicas del "sector" se registran, son legales y se hallan reguladas, entre ellas una gama de empleos asalariados y autónomos "formales" de baja renta. Por tanto, por "sector urbano informal" se entiende normalmente un conjunto de sistemas sociales de vida delimitados físicamente que permiten la supervivencia con una renta monetaria baja y teóricamente insuficiente en relación con el coste de la vida urbana. Básicamente, se trata de un conjunto de variaciones urbanas de las economías y sistemas rurales de subsistencia (Lomnitz, 1977; Bhaduri, 1989).

Estas clases de sistemas de subsistencia varían mucho dentro de diferentes tradiciones socioculturales, por lo que hay que mostrarse especialmente cauto al generalizar acerca del sector urbano informal. Por motivos de espacio, nos limitaremos a exponer argumentos pertinentes directa o indirectamente para el sistema alimentario de los pobres urbanos en los países periféricos, y en consecuencia para el significado de su crecimiento relativo y absoluto en el nuevo orden alimentario internacional.

La expansión del sector urbano informal es la principal consecuencia de la transformación agraria. De hecho, la repercusión del cambio social en el campo ha conducido a la urbanización de campesinos y trabajadores agrarios que ya no pueden subsistir en el medio rural a causa del aumento demográfico. La supervivencia en las ciudades refleja la mala calidad de las estructuras de empleo y del mercado de trabajo, dado el escaso número de empleos que permiten obtener ingresos suficientes para sobrevivir en contextos urbanos relativamente caros. Sin embargo, la subsistencia, lo mismo que en el campo, exige hacer frente a ingresos monetarios muy bajos. El problema está en

que, a diferencia del campo, la escasez de dinero no puede sustituirse por el autoabastecimiento alimentario. La producción agraria directa para autoconsumo contribuye muy poco a la dieta de la población urbana; una altísima proporción —del 40 por 100 de los menos pobres a prácticamente la totalidad de la renta de los muy pobres— se gasta en la adquisición de alimentos (Gregory y Altman, 1989).

Los pobres urbanos ahorran tradicionalmente a través de la vivienda barata, de la unión de recursos, de los servicios comunitarios de bajo coste y de la solidaridad. La vivienda es tan importante que con frecuencia se incluye en la definición del sector urbano informal, particularmente en América Latina. La ocupación ilegal de suelo público o privado y la construcción personal de alojamientos informales sin el correspondiente permiso formal/legal ha sido la forma más corriente de evitar el mayor coste que tiene la supervivencia en el contexto urbano (Gilbert y Gugler, 1982; Safa, 1982; Perlman, 1976). La construcción personal de la vivienda en un medio urbano es el equivalente funcional del autoabastecimiento de alimentos mediante la pequeña producción en el sector rural. Esto último resulta evidente, dado que la vivienda representa el principal coste de la supervivencia en el medio urbano.

La combinación de aportaciones varias procedentes del empleo a tiempo parcial, del trueque y de donativos, fruto todo ello de la actividad de los miembros de la familia, junto con la utilización del sistema de parentesco, amistad y vecindad, constituye el segundo factor en importancia de la supervivencia urbana (Hart, 1973; Lomnitz, 1977). Finalmente, y en este aspecto el concepto de sector informal se vuelve más plausible, las comunidades desarrollan sistemas de servicios alternativos a los formales y caros servicios privados y a los extremadamente malos o inexistentes de tipo público, desde el transporte, las reparaciones o las ventas de artículos usados hasta el cuidado de niños a domicilio y otras formas elementales de educación y asistencia sanitaria. si utilizamos el enfoque de

Sen de la propiedad, llegamos a un cuadro en el que la maximización y la combinación de cantidades muy pequeñas de recursos, complementadas con un ahorro radical en vivienda y servicios, facilita compras que no podrían hacerse en otro caso. Se incluyen aquí los alimentos (el menos elástico de los gastos), los bienes duraderos de consumo, los combustibles, las herramientas, las materias primas y algunos servicios no disponibles en el sector informal.

Si bien este cuadro del sector urbano informal no es muy claro, plantea una importante cuestión que sólo podemos responder provisionalmente: ¿qué clase de alimentos compran los pobres urbanos y cómo afecta a su consumo alimentario la globalización del orden agroalimentario? Las respuestas a estas cuestiones tendrán probablemente un carácter intuitivo, dada la falta relativa de datos. La fuerte presencia de vendedores callejeros y de puestos informales de venta de alimentos no significa necesariamente que haya una fuerte persistencia de dietas tradicionales. Esta persistencia depende de un conjunto de condiciones: la disponibilidad a un precio razonable de los alimentos tradicionales; la repercusión de los medios urbanos multiculturales y multirregionales, y sus efectos en una vida urbana densa y apretada; el cambio de los hábitos de distribución del tiempo y de la organización del hogar en la vida urbana, y la competencia cultural que expone a modelos culturales importados, debido también a las estrategias agresivas de mercado de alimentos manufacturados producidos por empresas multinacionales.

Estas consideraciones indican que los grupos urbanos de renta baja de los países periféricos están especialmente sujetos a fuertes cambios en sus hábitos alimentarios y a una creciente dependencia económica y cultural de modelos dietéticos importados. Así se advierte especialmente en los grandes NPA, como Brasil y México, y asimismo en países sujetos a grandes olas de emigración. En el primer caso, la creciente especialización de la agricultura local en favor de la producción para la exportación reduce la producción de alimentos locales y ocasiona un aumen-

to de las importaciones de alimentos. Este proceso se confirma plenamente con datos recientes del comercio internacional (OCDE, 1984; Lecaillon y cols., 1987; Besis, 1991).

Además, en los grandes países esta tendencia se acelera con la mezcla urbana regional y multirracial, que hace extremadamente difícil la conservación de cualesquiera hábitos regionales. En este último caso, los migrantes son poderosos agentes del cambio cultural y causan una profunda transformación de las tradiciones dietéticas al adaptarse a la economía y al medio socio-cultural en que se han establecido.

La ola más reciente de desruralización en el Tercer Mundo ha producido una drástica transformación de las dietas en favor de una ingesta mucho mayor de calorías muy desigual, de forma que los muy pobres no sólo gastan todo su dinero en alimentos, sino que al mismo tiempo permanecen mal nutridos y pasan a depender de las importaciones y de hábitos extraños de alimentación. En estos contextos, en los que ya no existen alimentos baratos de producción local o cada vez son más difíciles de encontrar, los grupos urbanos de renta baja están cada vez más expuestos a los alimentos baratos normalizados de importación. Esto revela que, paralelamente a la descentralización de los procesos fordistas de trabajo que aprovechan la explotación de trabajadores mal pagados, con frecuencia en regímenes semiautoritarios que impiden la consolidación de los sindicatos o de partidos políticos progresistas, se produce la difusión de una versión uniforme y degradada de la dieta fordista.

Este proceso acentúa la polarización entre los hábitos dietéticos de los ricos y los pobres a escala global. Los ricos cada vez prestan más atención a los hábitos cualitativos y multiculturales que llevan consigo la aparición de empresas de producción agraria orgánica, ecológica y sana. De este modo, con la difusión de hábitos extranjeros y cosmopolitas, bastardos con respecto a las culturas originarias, y la difusión de nuevos alimentos, con frecuencia producidos localmente en condiciones climáticas creadas artificialmente, se debilita aún más la capacidad de compe-

tencia de los productores originarios. Los pobres están expuestos a alimentos normalizados importados y producidos en masa, ajenos a sus tradiciones culturales, a la vez que contribuyen al deterioro de la balanza de pagos, aun en aquellos países en los que la transformación agraria ha conducido a un aumento de las exportaciones agrarias.

En conclusión, esta transformación constituye una peligrosa pérdida sociocultural para la humanidad en general, aun cuando sus mayores costes los pagan directamente los grupos de renta baja de las ciudades del Tercer Mundo.

## Bibliografía

- Abu-Lughod, J., y Hay, R., (eds.) (1977) *Third World Urbanization*, Chigado: Maaraufa Press.
- Bessis, s. (1991) *La Faim dans le Monde*, París: Editions La Découverte.
- Bhaduri, A. (1989) "Employment and Livelihood", *International Labour Review*, Vol. 128, N.6.
- Boehning, R. W. (1984) *Studies in International Labour Migrations*, Londres: McMillan.
- Bronson, B. (1972) "Farm labour and the evolution of food production" en B. Spooner (ed.), *Population Growth: Anthropological Implications*, Cambridge, Mass.: MIT Press.
- Calvanese, F., y Pugliese, E. (1991) *La presenza straniera in Italia: il caso della Campania*, Milán: Angeli.
- Epstein, T.S. (1962) *Economic Development and Social Change in South India*, Manchester: Manchester University Press.
- Firth, R., y Yamey, B.S. (eds.) (1964) *Capital Saving and Credit in Peasant Societies*, Londres: Allen and Unwin.
- Friedmann, H., y McMichael, P. (1988) *The World-Historical Development of Agriculture: Western Agriculture in Comparative Perspective*, Londres: Research Committee on the So-

- ciology of Agriculture, Working Paper Series, University College.
- Gilbert, A., y Gugler, J. (1982) *Cities Poverty and Development*, Oxford: Oxford University Press.
- Golini, A., y Bonifazi, C. (1989) "Recenti tendenze e prospettive in tema di evoluzione demografica" in *Abitare il Pianeta*, Turín: Fondazione Giovanni Agnelli.
- Gregory, C.A., y Altman, J.C. (1989) *Observing the Economy*, Londres y Nueva York: Routledge.
- Hart, K. (1973) "Informal income opportunities and urban employment in Ghana", *Journal of Modern African Studies*, N. 11, pp. 61-89.
- Jerome, N. Kandel, R.F., y Pelto, G.H. (eds.) (1980) *Nutritional Anthropology: Comtemporary Approaches to Diet and Culture*, Nueva York: Redgrave Publishing.
- Kahn, J.S., y Llobera J. (eds.) (1981) *The Anthropology of Pre-capitalist Societies*, Londres: Macmillan.
- Lecaillon, J. y cols. (1987) *Politiques économiques et performances agricoles dans les pays a faible revenu*, Paris: OCDE.
- Lewis, W.A. (1954) "Economic development with unlimited supply of labour", en *The Manchester School*, mayo.
- Lomnitz, L. (1977) *Networks and Marginality: Life in a Mexican Shantytown*, Nueva York: Academic Press.
- Macioti, M.I., y Pugliese, E. (1991) *Gli Immigrati in Italia*, Bari: Laterza.
- Marvin, D.A. (1989) "Effects of international law on migration policy and practice: the use of hypocrisy" en *International Migration Review*, Vol. XXIII, N. 3, pp. 547-578.
- Melotti, U., (ed.) (1988) *Dal Terzo Mondo in Italia*, Milán: Centro Studi Terzo Mondo.
- Miller, D. (1987) *Material Culture and Mass Consumption*, Oxford. Balckwell.
- Myrdal, G. (1956) *An International Economy*, Nueva York: Harper and Row.

- Myrdal, G. (1968) *Asian Drama: an Inquiry into the Poverty of Nations*, Nueva York: Twentieth Century Fund.
- Naciones Unidas (1986) *World Population Prospects: Estimates and Projections as Assessed in 1984*, Nueva York: NU.
- OCDE (1984) *Echanges agricoles avec les pays en développement*, París.
- Perlman, J. (1976) *The Myth of Marginality*, Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Portes, A., y Borocz, J. (1989) "Contemporary immigration: theoretical perspectives on its determinants and modes of incorporation" en *International Migration Review*, Vol. XXIII, N. 3, pp. 606-637.
- Ruellan, A. y Ruellan, D. (1989) *Le Brésil*, París: Karthala.
- Safa, H. (ed.) (1982) *Towards a Political Economy of Urbanization in Third World Countries*, Delhi: Oxford University Press.
- Salt, J. (1989) "A comparative overview of international trends and types, 1950-80" en *International Migration Review*, Vol. XXIII, N. 3, pp. 431-456.
- Sassen, S. (1988) *Mobility of Labor and Capital*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Scott, J.C. (1985) *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven, CT: Yale University Press.
- Sen, A. (1981) *Poverty and Famines: an Essay on Entitlement and Deprivation*, Oxford: Clarendon Press.
- Wallerstein, I. (1974) *The Modern World System*, Nueva York: Academic Press.
- Zolberg, A.R. (1989) "The next waves: migration theory for a changing world" en *International Migration Review*, Vol. XXIII, N. 3, pp. 403-430.